

mo cautiva le servia. Pasó mas adelante, y tuvo mayor lástima del alma de ella, por ver que era idólatra y cautiva de Satanás. De este dolor y sentimiento nació en su pecho una ternura y amor y deseo de hablarla para sacarla de las tinieblas en que estaba, y convertirla á la fe y amor de Jesucristo. Todos estos afectos eran lazos escondidos de Satanás. Hablóla, pues, Josafat con dulces y cuerdas palabras, declarándola la lástima que tenia por la ceguedad en que estaba, exhortándola á dejarla, y volverse á Dios vivo y verdadero, y á su benditísimo Hijo Jesucristo, que por nuestra salud se habia hecho hombre y muerto por nuestros pecados en la cruz. No perdió tan buena ocasion la serpiente infernal; antes habló á Josafat por boca de aquella doncella (como habia hablado á Adán en el paraiso por boca de otra mujer), la cual le propuso que ella haria cuanto él la mandaba, si él queria hacer una cosa, y era, que la tomase por mujer y se casase con ella; pues aunque era cautiva, era hija de rey, y en sangre no le debia nada, y que en amarle ninguna otra mujer la haria ventaja, y que de su hermosura y otros dones naturales no queria hablar por ser tan manifiesto. Turbóse el príncipe con esta demanda, y manifestóla que él no se pensaba casar: y ella, incitada del que hablaba por ella, con meneos y gestos lascivos le quiso persuadir que á lo menos se gozasen aquella noche, y que ella le prometia luego á la mañana hacerse cristiana y bautizarse, y que él seria causa de su salvacion, y otras cosas le dijo á este tono que pudieran ablandar cualquiera pecho de hierro, acero y diamante: y aquel espíritu grande de fornicacion, á quien el mago Teudas habia encargado mas este negocio, acudió en esta coyuntura, y comenzó á abrasar el corazon de Josafat con unas llamas de amor torpe, tan encendidas, que fué milagro del Señor no quedar consumido con ellas; y para derribarle mas fácilmente, y enredarle con máscara de piedad, le proponia que no seria pecado ni ofensa de Dios consentir en lo que pedia aquella doncella, pues no lo hacia por deleite sensual, ni apetito libidinoso, sino para sacarla á ella de la ceguedad en que estaba, y del culto de los vanos dioses, y hacerla particionera de la sangre de Jesucristo y heredera del cielo. ¿Quién no cayera á tan duros golpes, si Dios no le tuviera, especialmente siendo mozo, y no tan instruido en nuestra santa ley? Ya Josafat vacilaba, y comenzaba con el pensamiento á blandear; pero volviendo en sí, cerró los oidos á los silbos de la serpiente infernal, que hablaba por aquella doncella, y con entrañable afecto y copiosas lágrimas, pidió socorro al Señor, dando muchos suspiros y gemidos, suplicándole que le librase de tan manifiesto peligro: y habien-

do gastado algunas horas orando y llorando postrado en el suelo, se adormeció; y le pareció que le llevaban en espíritu por gente que no conocia á un lugar amenisimo y escelentísimo, de singular recreacion y deporte, y tal, que mas parecia un traslado y representacion del cielo, que no cosa de la tierra: de aquel lugar fué llevado á otro, que era figura y retrato del infierno, y cárcel de los condenados. Tornó luego en sí, y acordándose de lo que en aquel arrobamiento habia visto, y de los grandes bienes del un lugar, y de los males del otro, cobró tan estraño horror y aborrecimiento á aquella doncella y á las demás que le servian, que por mas ataviadas y compuestas que estuviesen, le parecian feas y abominables, y mas monstruos infernales que mujeres; y con esta pena que le causaba su vista, se echó en la cama enfermo.

Muy confusos quedaron los demonios por haber sido vencidos de un mozo á quien ellos tan terriblemente con todas sus máquinas y poder habian combatido, y vinieron al nigromántico Teudas, como avergonzados y corridos, á decirle el suceso de aquella lucha y pelea, y que ellos no tenian poder contra los que se armaban con la pasion y cruz de Cristo, como lo habia hecho Josafat; y que así no podrian volver á él, ni tentarle de nuevo, porque sabian que perderian tiempo, por estar el mozo muy fundado en Cristo. Mas el rey, cuando supo la enfermedad de su hijo, luego le vino á ver, para saber de él la causa de su dolencia. El príncipe se la declaró, y le refirió los asaltos que los demonios le habian dado por medio de aquellas doncellas, que él habia armado como lazos á sus pies, y como Dios le habia librado de ellos con la vision del paraiso y del infierno: que él estaba determinado á dejarlo todo é irse al desierto á vivir y morir en compañía de su santo maestro Barlaan; porque si el rey queria perseverar en su ceguedad, é irse al infierno, él queria mirar por su alma y agradar á Dios: y que si no se le dejaba hacer, él de pesar se moriria, y el rey perderia á su hijo y dejaria de ser su padre.

No se puede fácilmente decir el sentimiento que causaron las palabras del príncipe en el pecho del rey, y los varios y contrarios pensamientos que como olas embistieron y atormentaron su corazon, no sabiendo qué medio tomarse con su hijo para que le fuese obediente: si usaria con él de rigor ó de blandura: si le castigaria como á desobediente y pertinaz, ó le regalaria como á hijo tan querido, y le dejaria hacer su voluntad. Mandó llamar á Teudas, de quien mucho se fiaba: descubrióle la angustia y quebranto de su corazon, y pidióle consejo de lo que habia

de hacer. El mago, confiado en sus malas artes, sagacidad y experiencia, dijo al rey que le dejase hablar con Josafat, que él se le ablandaría. Gustó de esto el rey, y los dos vinieron á verse con el príncipe, con el cual Teudas tuvo una larga plática para persuadirle que era loco en no obedecer al rey su padre en una cosa tan justa y tan puesta en razón, como era conservar la religión y culto de los dioses inmortales que tantos varones sabios les habían enseñado, y los príncipes sus antepasados abrazado, y el rey su padre y todo su reino con las armas defendido; y esto por creer que era Dios verdadero un hombre que por sus delitos había sido crucificado, y había tenido por predicadores de su ley y doctrina á doce pescadores pobres y desventurados, que no se podían en ninguna cosa comparar con tantos y tan esclarecidos varones que habían seguido la religión de sus padres. El fin de la plática fué, que Josafat, con el espíritu y favor del cielo, convenció á Teudas, probándole la vanidad y monstruosidad de sus dioses, y la escelerencia y armonía de nuestra sagrada religión; y que una de las cosas en que mas resplandecía su grandeza y virtud, era en haber aquellos doce viles y despreciados pescadores rendido y sujetado á tantos y tan sabios filósofos, como él decía, y á los reyes poderosos que les hacían resistencia, sojuzgádoslos y puéstolos debajo del yugo de Jesucristo. Quedó el mago tan trocado y tan convencido, que se resolvió á hacerse cristiano, y solo temió que por ser sus pecados tantos y tan graves, Dios no se los perdonaría, ni le admitiría á penitencia. Mas entendiendo de Josafat las amorosas entrañas que el Señor tiene para con los que conociendo sus culpas las lloran y se enmiendan de ellas, y que todos los pecados del mundo son como una paja, comparados con el incendio de la infinita caridad de Dios nuestro Señor; se animó, y despidiéndose del rey y del príncipe, se fué á su cueva, en la cual solía convocar á los demonios, y tomando los libros de sus malas artes, los quemó, y de allí se fué á la otra cueva donde estaba Nachor en compañía de otro santo monge, del cual fué muy bien recibido: despues de haber muchos días ayunado y hecho penitencia de las culpas de la vida pasada, y sido enseñado en los misterios de la religión cristiana, fué bautizado é incorporado en el gremio de la santa Iglesia Católica Romana; el que antes tanto con sus diabólicas artes la perseguía. ¿Quién podrá contrastar con Dios? ¿O quién piensa poder resistir á su voluntad; pues sola la señal de su cruz confunde y desbarata los ejércitos infernales, y un rayo de su divina luz basta para sacar y trasladar á la verdadera vida á los que habitan en la sombra de la muerte? Ya que Nachor y Teudas, tan

insignes magos, é instrumentos de Satanás, quedan rendidos y postrados á los pies de Cristo, resta que se rinda el rey Abenner, como principal capitán de esta guerra y mas obstinado en su perfidia; el cual, habiendo visto que ninguno de los medios que había tomado con su hijo había aprovechado, ansioso, suspenso, congojado, y sobre manera afligido, mandó juntar su consejo de estado, para determinar lo que había de hacer. Varias fueron al principio las sentencias de los del consejo del rey; pero Araches (que era tenido por mas sabio, y como cabeza de los demás y muy privado del rey) fué de parecer que se procediese con el príncipe con blandura, y que el padre partiese con su hijo el reino, y le dejase gobernar su parte, porque de esta manera conservaría al hijo y al reino con toda paz y quietud. Este parecer siguieron los demás, y el rey vino en ello, y habló con el príncipe, y declaró el acuerdo que había tomado; y el príncipe le respondió, que aunque era su deseo dejarlo todo y retirarse para servir mas perfectamente á Dios, pero que le obedecería y haría todo lo que le mandase, como no fuese contra Dios. El rey nombró á su hijo por rey, y como tal le mandó coronar; y habiendo dividido su reino en dos partes, le entregó la una, y le envió á ella, acompañado de guardas y soldados, y dió licencia á todos los señores y caballeros y capitanes de su reino, que le fuesen á acompañar. Entró Josafat en una ciudad nobilísima y populosa para hacer su residencia, y la primera cosa que hizo fué mandar poner cruces en todas las torres de ella, y asolar todos los templos de los ídolos, y fabricar uno solemne y magnífico á Dios verdadero, exhortando á todo el pueblo con palabras cuerdas, graves y amorosas, que hiciese reverencia á la cruz, y reconociese y adorase al verdadero Dios: y para moverlos mas, él era el que iba delante con su ejemplo, y todo el pueblo le seguía, admirado de la virtud y modestia de su príncipe, y deseoso (como suele) de imitarle y darle en todo gusto y contento. Con esto comenzó á respirar y alzar la cabeza nuestra santa religión, y todos los cristianos y monges que por temor de la persecución pasada se habían desterrado de su patria, y huido á los desiertos, y escondidose en las cuevas y entrañas mas secretas de la tierra, oyendo estas nuevas, volvieron á la ciudad y vivían en paz y tranquilidad: convertíanse muchos y de los mas principales señores á nuestra santa fe, y otra gente innumerable; y el Señor, que es copioso en su misericordia, no solamente sanaba las almas de los que se bautizaban y las limpiaba de las inmundicias de sus culpas, sino tambien á los que estaban agravados de enfermedades corporales les daba entera salud.

Hizo Josafat consagrar la iglesia que habia edificado, y nombró por obispo á un santo varon que habia padecido grandes trabajos por Cristo; y de ninguna cosa tenia mas cuidado, que de amplificar la gloria del Rey de los reyes, y traer á todos sus súbditos á su conocimiento y servicio. Era muy justo, muy templado, muy modesto, prudente y benigno, y mas padre de todos sus vasallos que rey; socorrialos en sus necesidades con tanta liberalidad, que pensaba recibir beneficio quando le hacia. Con esta vida y ejemplo comenzó toda aquella tierra á resplandecer con una nueva luz, como quando despues de una oscura y tenebrosa noche amanece el dia muy claro y sereno, y la gente de todas partes venia para ver al rey Josafat, y tomar su religion, y gozar de sus virtudes y grandezas; y hasta los criados del rey Abenner su padre, dejaban su servicio y se venian al de su hijo, admirados de la escelencia de su persona y gobierno. Este buen gobierno tomó Dios nuestro Señor por medio para reducir al camino de la verdad al descaminado padre: porque viendo que cada dia florecia mas la religion cristiana que él habia pretendido extinguir con todas sus fuerzas, y que la de sus dioses se iba menoscabando; alumbrado de un rayo divino, conoció que el hijo andaba por el camino derecho y llano, y él ciego y fuera de camino. Escribióle una carta, declarándole cuan arrepentido estaba de haber perseguido á los cristianos, y de no haberle antes creído, y lo que deseaba volver la hoja, y bautizarse, y ser cristiano, si Dios le quisiese recibir en su gracia y perdonarle tantos y tan atroces pecados que contra él y contra sus siervos con tanta impiedad y crueldad habia cometido; y juntamente le encargaba que le escribiese todo lo que le parecia que debia hacer para su salvacion y bien de su reino. No se puede creer ni esplicar con palabras el júbilo y regocijo que el alma de Josafat recibió con esta carta de su padre: entróse luego en su aposento; y postrado en el suelo delante de una imagen de Cristo, hechos sus ojos dos fuentes de lágrimas de consuelo, comenzó á hacer gracias á nuestro Señor, porque le habia oido, y concedídole la salvacion de su padre, que con tantos y tan largos gemidos y ansias le habia suplicado; y pidiéndole nuevo favor y gracia, se partió luego acompañado de sus gentes y soldados para su padre, que quando lo supo, le salió á recibir, y le abrazó y besó, y mandó que se hiciese fiesta pública y solemne por su venida. Despues que Josafat hubo reposado, estando á solas con su padre, le dió noticia de todo lo que deseaba saber, y le declaró los misterios de nuestra sagrada religion de tal suerte, que el rey Abenner quedó admirado de la sabiduria

de su hijo, y compungido de sus pecados, y trocado en otro varon, y delante de todos los que allí se hallaban, adoró la cruz, y confesó á Jesucristo por verdadero Dios y Señor de todo lo criado. Con esta ocasion Josafat habló á los señores, caballeros y capitanes de su padre de la fe cristiana tan altamente, que todos á una voz clamaron: Grande es el Dios de los cristianos, y no hay otro Dios sino nuestro Señor Jesucristo, el cual con el Padre y con el Espiritu Santo para siempre debe ser glorificado. Y el rey Abenner, encendido de zelo, y deseoso de satisfacer en algo la impiedad pasada, deshizo con gran fervor todos los ídolos de oro y plata que habia en su palacio, y los repartió á los pobres; y acompañado de su hijo derribó los altares y los templos de sus falsos dioses sin dejar piedra sobre piedra, y en su lugar mandó edificar otros templos al verdadero Dios; y lo mismo mandó hacer en las otras partes de su reino. Era cosa mucho para alabar al Señor, el ver que los demonios, que antes habitaban en sus antiguos templos, salian de ellos gimiendo y dando lastimosas voces y alaridos, confesando la omnipotencia del Crucificado. Despues, siendo el rey Abenner bien instruido en las cosas de nuestra santa religion, fué bautizado por el obispo de quien hicimos mencion arriba, y su mismo hijo Josafat fué su padrino, y padre espiritual del que le habia engendrado segun la carne. Quedó Abenner tan otro de lo que solia, que renunció todo su reino á su hijo, y se vistió de cilicio y ceniza para hacer penitencia de sus pecados, temiendo que por ser tantos y tan graves, no habia de alcanzar perdon de ellos del Señor; mas el santo Josafat le consoló y alentó, dándole á entender cuan grande injuria hace á Dios el que desconfia de su bondad y misericordia (que es la cosa de que mas él se precia), y que todos los pecados del mundo cotejados con ella, no son mas que una gota de agua respecto del mar. En esta vida y penitencia vivió el rey Abenner cuatro años, y al cabo de ellos le dió una mortal enfermedad; y estando cercano á la muerte, bendiciendo á su hijo, y besándole muchas veces, y haciéndole gracias por lo que habia trabajado por él, y alabando al Señor por haberle mirado con tan piadosos ojos, y sacándole del profundo abismo de la muerte en que estaba, y tráidole á su conocimiento, y encomendando su espíritu al que le habia criado, acabó el curso de su peregrinacion. El rey Josafat mandó vestir el cuerpo de su padre, no con ropas reales y ricas, sino con hábito de penitencia, y de esta manera le enterraron con gran solemnidad, derramando el hijo muchas lágrimas delante del sepulcro del padre, del cual, sin comer, ni beber, ni dormir, no se apartó por espacio de siete dias, supli-

cando instantemente al Señor que perdonase á su padre y le admitiese en las moradas eternas. Y habiendo cumplido con este piadoso oficio, se volvió á su palacio, y mandó tomar todos los tesoros suyos y de su padre, y repartirlos á los pobres; lo cual se hizo tan largamente, que apenas quedó pobre en el reino.

Pasados cuarenta dias de la muerte de su padre, quiso Josafat cumplir con su deseo, y lo que á Dios habia prometido. Para esto mandó juntar á los grandes, señores, caballeros y muchos ciudadanos de su reino; y estando sentado en su trono real con aspecto grave y blando, les habló de esta manera: «Ya veis como mi padre el rey Abenner es muerto, como muere cualquier pobre hombre, sin haberle podido librar de la muerte las grandes riquezas que tenia, ni la gloria y nombre de rey, ni la muchedumbre de vasallos y criados, ni los ejércitos poderosos, ni yo, que soy su hijo, y tanto deseaba su vida. Ha ido á un tribunal donde le pedirán cuenta de lo que ha hecho en esta vida, sin llevar consigo criado, deudo, ni amigo que le pueda ayudar. Hágoos saber, que yo siempre he deseado eximirme de esta carga que tengo de rey, de echarla sobre otros hombros, y retirarme á alguna soledad, para cumplir lo que á Dios tengo ofrecido. He dejado hasta ahora de hacerlo, por obedecer al rey mi señor, y por parecerme que Dios se queria servir de mí para mostraros el camino del cielo, y sacaros de las horribles tinieblas de la idolatría en que estábades. Ya cumplí con la voluntad de mi padre, y vosotros con la gracia del Rey Soberano habeis abierto los ojos, y conocidole por vuestro Dios, Redentor, y Señor de todo lo criado: ved á quien quereis que deje el cetro y la corona.» Oyendo esto, alzaron á una todos una voz lastimera y alarido doloroso al cielo con increíbles gemidos y lágrimas, diciendo, que en ninguna manera lo consentirian, y jurando que no le dejarían partir; porque él era su rey, su señor, su padre y su madre, y todo su bien; pues por él Dios los habia librado de aquel profundo abismo y ceguedad en que estaban, y abiértoles las puertas del cielo, y alumbrádoles con el rayo de su verdad. Vió Josafat los ánimos de todos tan alterados, que tuvo por bien demostrar que queria consentir con ellos; y con esto los sosegó y los envió mas consolados á sus casas. Después, retirado á su aposento, llamó á Baraquías, hombre de grande estofa, muy zeloso de nuestra santa religion, y el que juntamente con Nachor (que fingia Barlaan) se puso á defenderla contra los filósofos y caldeos gentiles, como dijimos. Habló Josafat á Baraquías y declaróle su intento, y rogóle que tomase sobre sí el peso del reino, porque él le queria dejar. Baraquías

no vino en ello, antes lo repugnó y contradijo, reprendiéndole de poca caridad; porque si el ser rey (dijo) es bueno, ¿por qué tú no lo quieres ser? y si es malo, ¿por qué quieres que lo sea yo? No quiso porfiar Josafat con Baraquías; mas aquella noche escribió una carta llena de celestial sabiduría á los magistrados y nobleza de su reino, en que los exhortaba á perseverar en la religion cristiana, y en el amor y temor santo del Señor, y hacerle continuamente gracias por las mercedes que de él habian recibido; y juntamente les decia que no hiciesen rey á otro alguno sino á Baraquías, porque él era el que les convenia: y dejando esta carta en su aposento, se partió luego secretamente, y se puso en camino para el desierto. Pero luego que á la mañana se supo, le tomaron todos los pasos, y le buscaron, y le hallaron cabe un arroyo haciendo oracion, á la hora de medio dia. Volviéronle á la ciudad; y él se resolvió á no quedar en ella ni un solo dia, y persuadió á la gente que tomasen por rey á Baraquías, y él le declaró y nombró por tal, y le dió los documentos que le parecieron necesarios para el buen gobierno del reino. Entre otros le avisó, que así como en la navegacion cualquiera falta que haga el pasajero es de poca importancia, y grave y peligrosa la que hace el que lleva el gobernalle; así en el gobierno de la república, cuando peca un particular solamente hace daño á su persona, mas cuando el rey y gobernador peca, es perjudicial á toda la república. Después puesto de rodillas y levantadas las manos al cielo, oró y encomendó al Señor todo su reino, y abrazando á los señores y personas principales de él, y sobre todos á Baraquías (á quien dejaba en su lugar), se despidió de todos con tan extraño sentimiento, sollozos, gemidos y lágrimas que no se puede encarecer: solo él estaba sereno y alegre, y como hombre que de un largo y penoso destierro vuelve á su dulce y deseada patria. Salió vestido con su vestido ordinario, y debajo de él un cilicio que le habia dado su maestro Barlaan, á quien él iba á buscar. La noche siguiente de aquel primer dia, entrando en casa de un pobre hombre, se desnudó de su ropa y se la dió, y quedó cubierto con solo aquel cilicio, pareciéndole que estaba mas rico y ataviado con él, que con el cetro y púrpura de rey. Comenzó á caminar por aquellos desiertos, y á comer de las yerbas que hallaba por los campos, que por ser estériles y sin agua eran silvestres; y como una vez hubiese andado hasta el medio dia, abrasado del sol y fatigado de la sed, deseó un poco de agua para refrescarse, y no la halló. Con esta ocasion Satanás le tentó terriblemente, poniéndole delante la grandeza del estado que habia dejado, y la multitud

de criados que le servian, los regalos y deleites que tenia, la aspereza de vida que emprendia, y las pocas fuerzas de su cuerpo para llevarla; y finalmente, que las almas de todos los vasallos de su reino estaban colgadas de él, y por su culpa perecerian. Y como estos golpes no hiciesen mella en el pecho fuerte de Josafat, pretendió espantarle con varias tentaciones visibles; porque ya se ponía delante en figura de hombre con una espada desnuda, amenazándole que le mataría si no volvía atrás, ya en forma de bestias fieras, de leones, tigres, dragones y basiliscos que le querían tragar; mas el Señor, que guiaba á Josafat, le esforzaba para que no hiciese caso de aquellos terrores de Satanás, y para que con la señal de la cruz ahuyentase á todos aquellos monstruos infernales. Trabajó muchos días con esta desnudez y pobreza, hasta llegar al desierto de Senaar en busca de su querido maestro: dióle noticia de él otro solitario, y guióle á la cueva donde estaba, á la cual llegó Josafat muy gozoso, y llamó pidiéndole bendición. Salió Barlaan; y aunque Josafat venía muy trocado de lo que estaba antes, por inspiración de Dios le conoció, y los dos se abrazaron con amor ternísimo, é hicieron oración, y dieron gracias á Dios porque se veían juntos en aquel desierto. Dió cuenta el uno al otro de lo que por sí había pasado despues que no se habían visto; y Barlaan entendiendo las grandes batallas y contrastes que Josafat había tenido, y las victorias que había alcanzado de su carne, mundo y demonio, y el dichoso estado en que dejaba las cosas de la cristiandad, alabó á Josafat por el trueque tan cuerdo y acertado que había hecho, y de haber comprado la preciosa margarita del reino eterno con el menosprecio del temporal de la tierra, glorificando al Señor, que le había dado tan grande espíritu y tan próspero suceso á negocio tan arduo y dificultoso. Despues para regalar á Josafat, que venía fatigado del camino, le aparejó un convite espléndido de unas yerbas crudas silvestres y de algunos dátiles; y habiendo comido los dos, bebieron un poco de agua de la fuente que estaba allí cerca.

Estuvo Josafat con Barlaan algunos años, viviendo mas como ángel en la tierra, que como hombre en cuerpo mortal; de suerte, que el mismo Barlaan, que era viejo, y soldado veterano, y desde mozo ejercitado en aquella dura milicia, se maravillaba del fervor de Josafat. No comía mas de lo que precisamente era menester para sustentar la vida: velaba tanto las noches como si no fuera de carne: su oración era perpetua, y no perdía un punto de tiempo, ni estaba ocioso, sino ocupado siempre, y atento en la contemplación del sumo Bien. Llegóse el tiempo en

que el Señor quería llevar de esta vida trabajosa á Barlaan: avisó de ello á su querido hijo y discípulo Josafat, animándole á llevar adelante su gloriosa empresa, y aconsejándole que cada día pensase que aquel era el postrero de su vida, y principio y fin de la observancia religiosa; porque aguardando la muerte no la temería, ni le parecería largo el tiempo, ni se cansaría con el trabajo de la aspereza y penitencia. Dióle mas otros documentos y espirituales consejos, y habiendo dicho misa y comulgado á Josafat, despidiéndose de él amorosamente, y echándole su bendición (la cual él recibió derramando muchas lágrimas), hizo sobre sí la señal de la cruz, y extendió los pies, y con increíble paz y alegría de su alma la dió á quien la había criado para gloria suya, siendo de casi cien años, y habiendo vivido los setenta y cinco en aquella soledad, y lleno no menos de merecimientos que de años. Tomó Josafat el cuerpo de su bienaventurado padre con suma reverencia: abrazóle, y lavóle con lágrimas, y envuelto en aquel cilicio que de él había recibido en su palacio, le enterró, cantando los salmos acostumbrados de la Iglesia todo aquel día y la noche siguiente: despues hizo oración á nuestro Señor, suplicándole que no le desamparase por las oraciones de su siervo Barlaan, sino que le asistiese, guiase y encaminase hasta llegar al puerto de salud y tranquilidad. Acabada su oración quedó dormido Josafat, y en sueños tuvo una revelación en que vió á Barlaan en el cielo, vestido de gloria y claridad admirable, y la corona que á él le estaba guardada; perseverando hasta el fin; y con esta vision quedó muy gozoso, y confirmado en su santo propósito. Veinte y cinco años tenía Josafat cuando vino á él con una vida del cielo, y tan perfecta como si no fuera de carne. A Cristo tenía siempre presente, á Cristo siempre buscaba y siempre parecía que le tenía delante de los ojos, y que teniéndole á él, tenía (como es verdad) todas las cosas; y no se contentaba con servirle con tan gran fervor como se ha dicho, sino que cada día procuraba aventajarse mas y crecer de virtud en virtud. Y habiendo perseverado todo este tiempo en esta manera de vida, que aquí queda referida, crucificado el mundo á él y él al mundo, dejando el cuerpo en el suelo, voló su espíritu al Señor; y aquel monge que le había guiado á la cueva de Barlaan, avisado del cielo, se halló á su muerte, y tomó su cuerpo, y con himnos y cánticos eclesiásticos, y gran devoción y ternura, le enterró en el sepulcro de su padre Barlaan, y se partió luego para la India, por otra revelación que tuvo, y dió cuenta al rey Baraquías de todo lo que había sucedido á Josafat, y de su vida y muerte en el desierto. El rey

Baraquías, en sabiéndolo, se puso en camino, acompañado de innumerable multitud de gente de su reino, y llegó hasta la espelunca donde los dos santos Barlaan y Josafat estaban sepultados, y vió que los cuerpos de los dos estaban enteros, y los vestidos con que estaban cubiertos como si los acabaran de enterrar, y que despedían un olor suavísimo y una fragancia mas del cielo que de la tierra. Mandó poner los sagrados cuerpos en cajas ricas y adornadas, y llevólos á la India, y colocólos magnífica y regiamente en aquella iglesia que habia edificado Josafat, obrando Dios muchos y grandes milagros por ellos, y dando salud por su intercesion á los enfermos, y haciendo otras maravillas y grandes mercedes á los que venían á su sepulcro, ó se encomendaban á ellos.

Esta es la suma de la vida de estos dos santos confesores Barlaan y Josafat, sacada de la que escribió en un libro grande S. Juan Damasceno, autor santísimo y doctísimo, y que ha mas de ochocientos y cincuenta años que floreció; y dice al fin de la vida, que la escribe como la habia sabido de varones insignes y dignos de toda fe. Por donde se ve, que esta no es fábula, ni invencion artificiosa, sino verdadera historia confirmada con la autoridad de tan señalado varon, como lo notó muy bien Jacobo Bilio en la prefacion que hace á esta vida, y se halla en las obras de S. Juan Damasceno, que el mismo Bilio elegantemente tradujo de griego en latin; y el cardenal Baronio siente lo mismo en las Anotaciones del Martirologio Romano, que hace mencion de los santos Barlaan y Josafat á los 27 de noviembre. (*Rib.*)

SAN ANSURIO, OBISPO.

SAN Ansurio no fué obispo titular de Auca como creyó Yepes, sino prelado de la Iglesia de Orense, del cual no se halla memoria hasta el año 915. Este fué uno de los obispos con quienes el rey D. Ordoño II en el dicho año trató la restauracion de las diócesis de Tuy y Lamego, y la dotacion que hizo á Santiago. Cuatro años despues se hace mencion del mismo obispo en el privilegio que Ordoño y su mujer D.^a Elvira dieron al monasterio de S. Pedro y S. Pablo fundado en Galicia en el territorio de *Triacastela* junto al monte Serio ó Seiro, y restaurado por Gatón, abuelo de estos reyes. Tres años despues, en el de 922, perseveraba la memoria de este obispo en un privilegio de Samos.

Floreció Ansurio cuando S. Rosendo comenzaba á descollar en

el camino de la perfeccion evangélica. Fuese por amistad con san Rosendo, ó mas bien por veneracion de su virtud, y por ayudar á su buen propósito, le dió Ansurio la iglesia de Sta. Maria de Bonata en Armena, que Argai dice estar en la Limia, lo cual cuenta el mismo S. Rosendo en la escritura primera que publicó Yepes en el tomo 5.^o En su tiempo tambien, esto es, en el año séptimo del rey D. Ordoño II se fundó el ejemplarísimo monasterio de S. Estéban de Ribas de Sil, al cual se retiró nuestro Santo á vivir vida monacal despues de haber dejado su silla. El tiempo que vivió en este retiro no se sabe, sino que fué cuando mucho desde el año 922 en que aun gobernaba su Iglesia, hasta 26 de enero del año 925 en que le llamó Dios para sí.

Este santo obispo con otros ocho fué enterrado en el claustro de aquel monasterio, obrando Dios por su intercesion milagros sin número, como decia el rey D. Alfonso IX de Leon, padre del rey D. Fernando el Santo, por los años 1220 en el privilegio en que concedió á este monasterio todo lo que en sus cotos le pertenecia. De estos nueve obispos solo Ansurio tenia epitafio, en donde se señalaba el dia y año de su muerte, de los demás nada consta sino sus nombres. Llamábanse así: Bimarasio, obispo de Orense; Gonzalo Osorio, y Froalengo, ambos obispos de Coimbra; Servando, Viliulfo, y Pelagio, todos tres obispos de Iria; Alfonso, obispo de Astorga y de Orense; Pedro, obispo sin título. El epitafio de Ansurio dice Morales que cien años antes se habia copiado fielmente. Estaba con el mal latin de aquellos tiempos. En sustancia venia á decir esto: «Esta cueva de piedra que aquí ves, cubre la trabazon sagrada de los huesos del obispo Ansurio, varon en todas sus cosas muy esclarecido. Fué puro en la doctrina, vivió dando muy buen ejemplo. Ninguna duda tuvo de la vida del cielo; porque así lo publicó y lo mostró hermosamente en lo que cristianamente confesaba. Renunciando su prelación, se retiró á vivir con los monges bajo su regla, y sujetándose allí en todo al servicio del Señor, llamado por su voz le siguió y descansó en paz: porque en un punto fué despojado del sagrado cuerpo á 26 de enero del año 925.» El año 1463, el administrador de la abadía de S. Estéban, don Alfonso Pernas, con zelo de que no llegase á perderse la memoria de estos santos obispos, colocó sus reliquias sobre el retablo mayor. El año 1594 el abad Fr. Victor de Najara los colocó cada uno en su arca, cinco á un lado del altar mayor, y cuatro al otro. Molina se queja de un reformador que deshizo estos sepulcros, y juntando todas las reliquias de los nueve obispos en una arca,